# "El Chevygaláctico S76 de Rumenaldo"

Eric Rancol González

# Capítulo 1

**El Chevygaláctico S76 de Rumenaldo**

**Cuento**

**Autor: Eric Rancol González.**

Detrás del volante iba Rumenaldo. Chofer de un taxi desde sus 23 años de edad, manejando por la vida, escuchando anécdotas y quejas de pasajeros de disímiles características, que vertían en el asiento trasero su dolor o su alegría, lágrimas o risas. Para Rumenaldo este taxi era su pasión; era su nave espacial, con la que soñaba de niño viajaría a conocer otros mundos y otras civilizaciones. Hoy él sabía que su sueño era imposible, pero en el fondo, a pesar de sus 61 años recientemente cumplidos, aún albergaba la esperanza de vivir un milagro que le permitiera buscar esas nuevas historias para sus nietos, que ya habían escuchados de estos viajes del abuelo por la galaxia y sus encuentros con los extraterrestres.

Rumenaldo nació en la base del Pico Turquino, en una casa de madera que construyó su padre en su juventud. El hogar de Rumenaldo constaba de seis cuartos pequeños y una salita llena de fotos familiares que adornaban el entorno además de una mesita ubicada en el centro de un juego de mueble hecho con troncos de madera, y encima de esta un búcaro en el que siempre podían encontrarse 7 hojas de yagruma; pero lo que más recordaba Rumenaldo era el patio de tierra donde pasaba la mayor parte del tiempo, porque podía dormitar debajo de los árboles frutales y viajar hasta donde le permitía su imaginación. Este soñador era el más joven de los 8 hijos que vivían en esta humilde casa, en la cual saboreaban lo que entendía como perfecto. Vivían humildemente sin lujos ni ostentaciones pero no necesitaban nada más. Niños al fin, anhelaban conocer más, tener más, pero conocían que su mayor tesoro era el calor familiar; eran papá y mamá.

Desde pequeño Rumenaldo sobresalió entre sus hermanos - tres hembras y cuatro varones - por sus historias; las que contaba en todas las cenas familiares, que religiosamente tenían lugar todos los domingos y donde siempre él resultaba ser el protagonista aventurero. Ranulfo, su hermano mayor, en todas las festividades terminaba persiguiéndole por el patio de tierra junto con sus hermanas y mientras le apedreaban y le lanzaban cuantas cosas encontrasen, igualmente le abucheaban, le gritaban y además le cantaban:

“Rume, Rumenaldo es un tonto que siempre está soñando”.

Así creció Rumenaldo, huyendo de sus hermanos que no comprendían su capacidad de navegar en sueños por mundos desconocidos. Solo su hermanita Yumisisclaida, con un año mayor que él, comprendía su virtud y en ocasiones se sentaba junto a él debajo de los frutales para escucharle narrar sus historias y todas las mañanas iban junto para la escuela en la misma mula y atravesando montes reían, jugaban a los caballeros y las damiselas; jugaban simulando que llegaban los aliens y ellos tenían que correr en su moto voladora esquivando árboles por todo el bosque que les rodeaba.

Pasaron los años y Rumenaldo había leído todos los libros que dormían en la biblioteca de su escuelita. Dieciséis años tenían ya sus sueños y desesperado por conocer otros lares, decidió marcharse para la habana y abrirse camino justo en ese preciso momento que la revolución había triunfado; y tanto su padre como sus dos hermanos mayores se encontraban de regreso en la casa como los famosos y victoriosos barbudos que tejieron parte de la historia hasta alcanzar la victoria el primero de enero de 1959.

Lleno de ideas y planes se marchó Rumenaldo de su hogar, dejando atrás a su pequeña compañera de viaje, Yumisisclaida la aventurera. Promesas sobre la mesa fueron testigo de su partida. Le prometió a su madre y a su hermana que iría a buscar un futuro mejor y aprovechar las nuevas oportunidades que seguramente esperaban por él en La Habana, y luego de establecerse mandaría a buscarlas.

El 21 de marzo de 1959 la capital se adueñaba del talento de Rumenaldo. Sus primeros pasos los proporcionó en una empresa nombrada "La Pesquera", donde aprendió todo sobre el mar, ese que solo había conocido en libros e historias de su maestra. Luego de tres años, un amigo al que jocosamente siempre le nombró "el habanero", le gestionó un trabajo de ayudante de mecánico en la base de taxis del cerro en Vía Blanca. Allí aprendió sobre el oficio de la mecánica y obtuvo su licencia de conducción. Llegó a ser el mecánico principal de la base y en 1966 comenzó a desempeñarse como conductor de un taxi marca Chevrolet de color verde. Rumenaldo estaba orgulloso de su taxis. Luego de un mes de explotación lo mantuvo seis meses sin trabajar entre chapistería, pintura y reparación. Cuando lo tuvo listo, su auto era el mejor taxi que rodaba en la base del cerro.

Rumenaldo había conseguido un sueño, manejar su propia nave espacial; solo que por esta vez su galaxia serían las calles de la habana. Trabajó durante muchos años y nunca abandonó su auto. En el año 2000, por sus méritos y el respeto ganado gracias a su seriedad y dedicación al trabajo, le dieron la posibilidad de inscribir el Chevrolet como su propiedad, teniendo en cuenta que este tipo de vehículos no circulaba en La Habana brindando servicios al público. En el 2004 Rumenaldo sacó la licencia como cuentapropista y continuó con su amado oficio de taxista, poniendo

su joya al servicio de los extranjeros.

El 3 de abril del 2004 en la avenida del puerto, el chevy fue alquilado por un señor con un acento que evidenciaba su procedencia foránea. Lo rentó por toda la tarde sin preguntar precio, solo le dijo que necesitaba que lo llevara a varios lugares de la capital y luego pagaría, por lo cual Rumenaldo aceptó instantáneamente. Visitaron disímiles viviendas donde dicho extranjero se apeó y dejó paquetes. Así anduvieron juntos hasta que la noche se hizo tácita y el cansancio se apoderó de ambos. Quinientos cuc fue el pago por los servicios y acompañando los diez billetes de cincuenta apareció la propuesta de continuar usando sus servicios durante la semana por la misma paga diaria. Era evidente que este extranjero tenía un gran poder de convencimiento.

Al otro día, desde las 07:00 de la mañana estaba Rumenaldo en las afueras del hotel Parque Central, esperando por la alcancía andante que sin querer había conocido. Allí estaba Mister Johns saliendo por las puertas del hotel con una bolsa en sus manos y se subió al Chevrolet sabiéndose dueño del tiempo, y sin pestañar Rumenaldo puso el coche en marcha.

Mister Jhons en el trayecto se interesó por conocer de la ciudad, y específicamente sobre el propio Rumenaldo, lo cual no fue de su agrado pero había 10 billetes de cincuenta en juego y no se podía molestar al cliente porque este siempre tiene la razón. En el almuerzo Mr. Jhons miró fijamente a Rumenaldo y sin tapujos le dijo que él podía hacer realidad sus sueños. Esto dejó atónito a este hombre de 61 años que ya le era muy difícil creer en fábulas, pero Mr. Jhons insistió expresándole que ya era hora de confesarle por qué lo había alquilado.

La cena se detuvo y se creó una situación de tensión que fue cortada por las palabras del extranjero quien esta vez habló sin acento, pronunciando un español fluido, como si hubiese nacido en el corazón de la capital. Le pidió que no se alterase por lo próximo que revelaría, pues él se encontraba en cuba en respuesta a las propias peticiones que desde pequeño hizo sobre un deseo en particular que siempre anheló se le cumpliera y que aún en silencio ansiaba lograr. Dicho esto se le acercó, lo miró fijamente a los ojos y sin mover sus labios le comentó que venía de un lugar lejano, que venía de otro planeta y tenía la misión de llevarlo con él.

Rumenaldo arrastró la silla donde se encontraba sentado, hasta que le fue permitido levantarse y salir velozmente hacia su auto; se adentró en el mismo, lo encendió y salió como un rayo dejando al Mister sentado solo en el restaurante Floridita. Luego de veinte minutos, cuando Rumenaldo pensó que se había alejado de tal demente y mientras esperaba la luz verde en el semáforo de la intersección de las avenidas Camagüey y Vía Blanca, apareció repentinamente Mister Jhons en el asiento trasero.

Rumenaldo pegó un grito que se escuchó en toda la calle, los choferes de los autos adyacentes al suyo miraron también asustados, buscando la situación que justificara aquel chillido, pero nada hallaron fuera de lo normal, solo un hombre maduro sentado en un auto que aún mostraba una belleza increíble.

Mister Jhons le pidió a Rumenaldo que se calmara y le explicó que gritar no sería de ayuda pues a partir de ese momento solo él podía verlo y escucharlo. Esto provocó que aquel chofer adulto tomara una pausa y reflexionara, pues no quería hacerle ver a los demás que presentaba problemas mentales luego del grito proporcionado ante la inesperada e inexplicable sorpresa. Rumenaldo estaba tenso, era evidente que la situación no le acomodaba del todo, pero ya estaba ahí y como había comprobado no lograría desprenderse del míster extraterrestre.

Rumenaldo se mantuvo conduciendo en silencio hasta llegar al parque Córdova del municipio 10 de Octubre, donde estacionó y sin voltearse comenzó a hacerle preguntas, partiendo de por qué lo había escogido a él, cuáles eran sus planes y qué realidad había en lo planteado con anterioridad sobre el viaje a su planeta. El alienígena le explicó que su nombre real era Briondkesh y venía de martes. Le expresó además que desde hacía muchos años seguían sus pasos y conocían sus deseos de viajar, conocer otras civilizaciones y que solo después de confirmar que era un humano de buenas costumbres e intenciones, la suprema corte de Martes aprobó sostener un encuentro, razón por la cual y en función de lograrlo, hacía seis meses le habían encomendado la misión de prepararse para viajar a la Tierra y llevarlo a su planeta.

Rumenaldo no podía creer que estaba a las puertas de lograr su anhelado viaje, que lograría tener verdaderas historias que contar a sus nietos y sin pensarlo le dijo a Briondkesh que estaba listo para ir a buscar su nave y partir con él hacia martes. Briondkesh le comentó que no tenía nave propia, porque no contaba con los recursos suficientes como para comprarse una de ese modelo, por lo que tuvo que coger el Intergalaxy S6, un autobús espacial que viaja de Martes a Júpiter cada tres años galácticos.

Rumenaldo se sintió mal porque pensó que sus sueños se lograrían instantáneamente pero ya no podría ir hasta que pasara el S6 de vuelta y además le surgían interrogantes, principalmente sobre el físico real de los Marteños o los Jupiterianos y además sobre cómo se sentiría rodeado de estos en dicha navebus. Briondkesh le aclaró todas sus dudas y le mostró en un Samsung Galaxy Note XC, de última generación en su planeta, fotos sobre los similares a él y realmente eran feos pero no eran verdes como se imaginaba de pequeño, sino que eran parecidos a los humanos, solo que con la cabeza más alargada, los ojos más separados, la boca casi hasta las orejas y la piernas mucho más largas que la de los humanos, en fin eran feos, pero no se incomodó, porque en definitiva en Cuba los había

visto tan feos como ellos que decían ser seres humanos.

Briondkesh que leyó su mente le dijo que no tendrían que esperar por el Intergalaxy S6, pues había traído consigo las piezas necesarias para convertir su Chevrolet en una nave espacial con propiedades de invisibilidad incluida, en el cual viajarían hasta Sanamikaiguer, que vendría siendo la capital de Senungri el cual, si fuera la Tierra, sería su país natal. Rumenaldo no lo podía creer, la situación cada momento se ponía mejor, tendría su Chevy autopropulsado invisible y todo. No aguantó más y le dijo al extraterrestre que en ese mismo instante se dirigirían hacia su taller, para convertir su chevy en un Intergaláctico S76, y riendo salieron ambos rumbo a cumplir un sueño.

Una hora después estaban estos dos en el taller y Rumenaldo quedó perplejo al ver a Briondkesh sacar de la bolsa que llevaba desde la mañana, varios cubos de un metal desconocido para él y lanzarlos al aire. Automáticamente estos cubitos comenzaron a girar expidiendo una luz brillante. El tamaño de los mismos cada segundo era mayor hasta que alcanzaron las mismas dimensiones del Chevrolet. Luego todos estos metales brillosos cayeron de golpe sobre el auto como si fueran a aplastarlo, y convertidos en líquido comenzaron a adentrarse por todos los agujeros mientras una plancha metálica forraba el vehículo dejándole a su paso un color verde jamás visto. Finalmente y pasado cinco minutos aquel Chevrolet estaba listo; y en la parte superior de la cajuela se podía leer un letrero en dorado que decía: “Chevygaláctico S76”.

Los saltos de alegrías eran inmensos y el desespero por adentrarse en aquella nueva monstruosidad era cada vez mayor. Al montarse en el Chevy, Rumenaldo notó un cambio en él y al mirarse en el retrovisor, vio a aquel joven de 16 años que dejó la base del pico turquino para aventurarse en la habana; sin esperarlo una lágrima corrió por su mejilla y secándola miró fijamente a Briondkesh que ya lucía su ridícula y alargada imagen. Muchos recuerdos le vinieron a la mente pero solo uno golpeaba con más fuerzas y entonces se dirigió a su nuevo amigo de Martes y con la voz entrecortada le preguntó: ¿Podríamos recoger a mi hermanita?

Y así, luego de 10 años de estancia en el planeta Martes, que solo representaron unas pocas horas en la Tierra, retornaron a su planeta los aventureros. Después de dejar a su hermana en su casa, Rumenaldo fue corriendo para su hogar, donde le esperaba su madre, su esposa, su hija y sus nietos. Entró como un meteorito por la puerta dirigiéndose directo al cuarto de los niños; despertó a sus nietos y les gritó: ¡Despierten mis niños que abuelo les va a contar una nueva historia; la historia del Chevygaláctico S76 de Rumenaldo!